

mundo gráfico



Invierno en el campo de ba- talla

Un puesto de vigilancia en
uno de los frentes de Ma-
drid, bajo el frío de estos
duras días de Diciembre

(Fot. Albero y Segovia)

Miércoles, 23 de Diciembre de 1936

AÑO XXVI
Número 1312
Hermosilla, 33
Apartado 871
MADRID



Imágenes de la defensa de Madrid



Este grupo de milicianos se ha situado estratégicamente tras una loma

Una sección de batallón Prieto regresa a su cuartel, tras una brillante actuación en uno de los frentes de nuestra capital



Una de las trincheras en las líneas avanzadas del frente madrileño



↑ Escenas de hospital: Los doctores Bastos, D'Harcourt y Gómez Ulla operan a un herido de las últimas acciones desarrolladas en torno a Madrid

← Una miliciante y un miliciano equipados con bombas de mano para colaborar en la defensa de Madrid

Mientras un combatiente dispara la ametralladora, otro sigue con los prismáticos los efectos de los disparos

(Fots. Albero y Segovia y Baldomero, hijo)





El agua para las avanzadillas de uno de los sectores de lucha

La comida reparadora, mientras en la vanguardia vigilan otros combatientes



El pan, el vino, la leña, el cigarrillo..

ESTAMPAS DEL FRENTE



← Preparando un convoy de leña para uno de los frentes

El postre, lo diario cajetilla de cigarrillos, unos libros...

Una garrafa de vino para los hombres de las líneas más avanzadas...



← Una hora de calma, que los combatientes aprovechan para comer...

La comida en campaña, entre una camaradería alegre y coral...

(Fots. S. Yubero y Benítez, Torrents, Albera y Segovia)

EL PROBLEMA DEL ABASTECIMIENTO DE MADRID

"Sobran víveres, pero faltan medios de transporte"

La vieja teoría del valor, como solución eficaz

El abastecimiento de la población madrileña es un problema que desde el primer día de la sublevación, a la vista de una guerra que en los instantes de alborear la facción ya se adivinaba larga, y con Madrid por principal objetivo, venía preocupando seriamente al Gobierno. Una ciudad de un millón de habitantes, acrecentados por la llegada de millares y millares de personas evacuadas de los lugares invadidos por las tropas facciosas, con muchos caminos y vías de comunicación obstruidos o de difícil paso, es algo que no tiene fácil solución, por muy buena voluntad que se ponga en resolverlo. ¿Ha pensado alguna vez el lector en la cantidad de carbón, de aceite, de pescados, de verduras, de leche, de pan y demás artículos de primera necesidad, que consume a diario un millón largo de personas? Pero si el problema no es de solución rápida y fácil, también puede abordarse de modo que, aun con los inconvenientes insalvables por las circunstancias, se llegue a una solución que coloque a los madrileños en situación de proveerse no sólo de lo necesario e imprescindible, sino de elegir para su subsistencia dentro de la variedad mayor.

Hacia estos objetivos, precisamente, encaminan ahora sus preocupaciones el Gobierno y la Junta Delegada de Defensa de Madrid. Su primer acto—un acierto rotundo—ha sido nombrar delegado suyo para el abastecimiento de la población al ex diputado socialista Eladio Fernández Egocheaga.

Egocheaga—la evocación no es superflua en un hombre que por su modestia no es todo lo conocido del público que debiera por su larga historia sindical—es un socialista de la vieja guardia. Un discípulo de Pablo Iglesias, que tiene en su haber una hoja de servicios de más de treinta años, constelada de abnegaciones y de luchas arriesgadas en la defensa del proletariado. A él le deben los obreros de Huelva y de Sevilla muchas de las mejoras adquiridas en años heroicos, en que conseguir las era algo casi imposible. La historia de las agitaciones obreras de Andalucía ha destacado el nombre de Egocheaga como uno de sus más fervorosos capitanes. Tanto, que sobre él ha pesado más de una vez una sentencia judicial de pena de muerte a punto de cumplirse.

Ahora, como siempre, Egocheaga derrama su actividad incansable en diversos organismos encomendados a su dirección: comandante del Batallón de Milicias *El Socialista*, presidente de la Junta de Incautaciones e Industrias Pesqueras y del Consejo de Administración del antiguo Consorcio Almadrabeto, convertido hoy en Cooperativa de Industrias Pesqueras y Similares, sus minutos están repartidos en una labor agotadora y fecunda.

Este es el hombre a quien el Gobierno acaba de nombrar delegado suyo y de la Junta de Defensa para el abastecimiento de Madrid.

—El camarada Egocheaga está en Valencia. O en Alicante. O en Barcelona. O en las trincheras. Varias veces hemos intentado ponernos al habla con él, y siempre hemos escuchado la misma respuesta. Pero si no es posible hablar con Egocheaga, sí lo es con su más destacado colaborador: Elías Palma, un fino escritor onobense, también de la vieja guardia y discípulo de Egocheaga en la actividad incansable.

—Aquí—nos dice Palma—trabajamos diez y ocho horas diarias. Pero, ¿hay algo más agradable que este trabajo en beneficio de nuestros semejantes, de nuestros hermanos en la lucha? Más de quinientas visitas desfilan a diario por este despacho. Luego, administrar todo esto, atender peticiones justas, dictar resoluciones, solventar conflictos... Pero, en fin, para Egocheaga nada de esto es imposible. El, presente o ausente, detrás de esta mesa o al final del hilo telefónico, desde una ciudad lejana, es el alma de todo esto. Nosotros no somos otra cosa que sus colaboradores entusiastas.

—Hablemos del abastecimiento de Madrid.

—Mire usted: El problema, expuesto al desnudo, sin

retóricas innecesarias, está encuadrado en estas dos necesidades: medios de transporte y productos. Los productos los tenemos en cantidad suficientes; pero los me-



El ex diputado socialista Eladio Fernández Egocheaga, recientemente nombrado delegado del Gobierno para el abastecimiento de Madrid



El comandante Palma, principal colaborador de Egocheaga, con su secretario, Carlos Rivera (Fots. Vide)

dios de transporte no abundan tanto. Actualmente tenemos en marcha una fórmula para obviar esta dificultad, que, una vez resuelta, y ha de serlo rápidamente, nos permitirá solucionar en pocos días el abastecimiento de Madrid.

Contamos para ello—continúa Palma—con más de 10.000 toneladas de aceite, con el carbón y demás productos necesarios. Unos, de procedencia nacional, y otros, comprados en el Extranjero, sin las consecuencias de la desvaloración de nuestra moneda, ya que muchos artículos nuestros, exportados, tienen fuera de España un valor cotizado en oro.

—¿Cómo conseguirán ustedes esto?

—Con la cooperación de las quince oficinas que hemos montado en España y en el Extranjero, atentas a la resolución de este plan. En Barcelona, en Marsella, en Amberes y en otras poblaciones importantes de Europa, funcionan ya estas Delegaciones nuestras con éxito positivo. Este criterio de importaciones y exportaciones no es otro, como verá usted, que la aplicación, por nuestra parte, de un viejo postulado socialista: la teoría del valor. Postulado que Egocheaga y yo estamos aplicando con el fervor de nuestro viejo marxismo, y al que deberá Madrid su abastecimiento. Nuestro comandante está actualmente en Valencia para tratar de este y otros asuntos con el Gobierno. Y ha de resolverlos a satisfacción de todos, porque, carente de ambiciones personales, no le guía otro interés que el del bien general y el de ganar la guerra.

Palma habla con una firmeza, con una seguridad tal, que nadie que le escuche puede dudar de que el amplio plan de abastecimiento que ha de ponerse en práctica deje de ofrecer los buenos resultados apetecidos.

—Y ahora—continúa—hablemos de otra cosa, porque aquí no nos ocupamos sólo de abastecimientos. Bajo el control de Egocheaga está también esta nueva Cooperativa Socialista de Industrias Pesqueras, donde también se trabaja de firme. ¿Y sabe usted sus primeros actos? Destinar, por iniciativa suya y del gerente Pedro Morón, cincuenta mil pesetas para enviar licores a nuestros bravos combatientes, y otra cantidad igual para dar de comer a las familias que han quedado en la miseria.

Después... Pero como la relación es interminable, preguntamos, asombrados:

—¿Cómo es posible conseguir tantas cosas?

Elías Palma, entre una consulta telefónica y la firma de un enorme montón de papeles, me responde:

—Eso no es difícil con la magnífica actividad de nuestro comandante y el entusiasmo de sus colaboradores.

¡El entusiasmo de sus colaboradores! A Elías Palma, ese fino poeta y escritor que ha dejado su torre de marfil para incorporarse a la vanguardia de la lucha, le rebosa el suyo por todos los poros.

A. O. S.

CULTURA POPULAR

Millares de volúmenes al servicio de los combatientes y de los heridos de la guerra

No sólo se pelea con el fusil. El pincel, la pluma, el libro están resultando ahora armas magníficas en la lucha popular. Muchas e importantes entidades culturales, artísticas, están surgiendo ahora, con brote fuerte, incompatible con la improvisación, al calor de la lucha.

Y todas están realizando una labor admirable y eficaz, que complementa y apostilla el triunfo de las armas republicanas. ¿Cuántos talleres de pintura, dibujo o escenografía; cuántas agrupaciones difundidoras de cultura, cuántas nuevas exposiciones y bibliotecas populares han surgido en poco más de cuatro meses? Sería curiosa e interesante la estadística. Y, además, pondría de manifiesto, de manera evidente, el fervor del pueblo por las cosas del espíritu.

Se especula ahora con los mismos materiales que antes del 16 de Julio. Pero antes estaban reclusos en salas polvorientas, silenciosas, esperando las pocas miradas de un círculo reducido de elegidos. Ahora, los libros, las pinturas, los objetos de arte, en general, han salido de su encierro para que puedan ser contemplados por la mirada ávida del pueblo, merced a las gestiones y trabajos incansables de un competente equipo de luchadores de la retaguardia.

Un ejemplo: Cultura Popular.

Cultura Popular funcionaba ya antes del 16 de Julio. Era una institución fundada y dirigida por jóvenes de izquierda, con el designio de atraer al pueblo y despertar en él el afán de saber, de instruirse. Pero los medios de que disponía eran escasos, y su labor no resultaba todo lo eficaz que ellos deseaban.

—Hasta después del 16 de Julio—me dice una camarada, responsable de una de las secciones— Cultura Popular no ha empezado a cumplir plenamente los fines para que fué creada. Después, poco a poco, hemos logrado formar una biblioteca de bastante importancia.

—¿Cómo?

—De varios modos: con fondos procedentes de algunas editoriales, con donaciones, con compras y con los volúmenes cedidos por la Junta de Incautación de Bibliotecas. Así hemos logrado reunir más de 15.000 volúmenes, perfectamente clasificados ya por materias. Tenemos libros de carácter científico, literario, de divulgación social... Con los libros fascistas hemos formado un conjunto aparte, que será un buen manadero de consultas interesantes. Algunas bibliotecas particulares estaban formadas, casi exclusivamente, por volúmenes de este tipo. También hemos clasificado para su catalogación, a título de curiosidad bibliográfica, una gran cantidad de novelas y folletos eróticos... y algo más, encontrados en los lugares más insospechados.

Mientras la camarada responsable me explica el funcionamiento de la biblioteca de Cultura Popular, hemos ido recorriendo las distintas dependencias del palacio en donde está instalada. Montones y montones de libros por todas partes: en las salas suntuosas, cargadas de lienzos antiguos, de vitrinas con objetos costosos y muebles antiguos de alto valor; sobre las alfombras, donde los pies se hunden en silencio; en los despachos, en las viejas caballerizas, arregladas para esta nueva y noble función.

Ante un grupo de libros no mayor de un centenar oigo decir:

—Esta era la biblioteca de March.

La camarada responsable sigue ofreciéndome datos:

—El movimiento de lectores de nuestra biblioteca es bastante intenso. Se puede calcular en más de un millar el número de volúmenes que enviamos a diario a los frentes y hospitales. Con ellos, nuestros luchadores de vanguardia y los heridos encuentran un agradable descanso para las fatigas de las trincheras o las horas interminables del hospital.

—¿Proyectos?

—Muchos. Todo lo que podamos realizar por la cultura del pueblo nos parecerá siempre poco. En otros aspectos, también proyectamos encauzar nuestra actividad. Hace poco hemos hecho un importante envío de libros a la Columna Internacional, que con tan alto heroísmo está luchando a nuestro lado. También preparamos un envío importante a Rusia, adonde mandaremos una

selección de volúmenes sobre España en sus varias actividades.

—¿Quiénes marcan la orientación de Cultura Popular?

—Nosotros. Nuestro grupo está formado por afiliados a todas las organizaciones republicanas y sindicales de Frente Popular.

Durante nuestra conversación han llegado hasta el despacho muchos camaradas con libros en la mano. Vienen, respondiendo a la petición de Cultura Popular, a entregar sus volúmenes para la obra divulgadora de la juvenil institución. Y la camarada que nos ha ofrecido estos datos pone punto final a la charla, para atenderles y agradecerles, en nombre del pueblo, su donación.

A. O. S.



↑ Varios responsables de Cultura Popular, en plena labor

← En las estancias se apilan hoy los libros para su clasificación

Las estanterías llenan las paredes de todas las habitaciones. Aun así resultan insuficientes ante el aluvión de libros que llega a diario
(Fots. Pioritz) ↓



POR LA DEFENSA DE MADRID EL TRABAJO Y LOS PLANES DEL DELEGADO DE EVACUACIÓN



El delegado de Evacuación, don Enrique Jiménez, con su hijo y secretario particular, Enrique Jiménez, despacha con el jefe de los Servicios de Evacuación don Orencio Muñoz; el secretario general, don Teodoro López, y el subdelegado, señor Ruiz Huidobro (Fot. Video)

Los cargos públicos, sinecuras decorativas en otros tiempos, no son, ciertamente, envidiables en las actuales circunstancias. Ellos representan ahora una labor abrumadora, henchida de grave responsabilidad, que sólo puede aceptar quien, consagrado a una causa, disponga su voluntad a trances de sacrificio.

Tal es el caso de don Enrique Jiménez, auténtico prestigio del régimen, militante de Unión Republicana, que después de una ardua y certera labor en la Consejería de Finanzas, ha sido designado por la Junta de Defensa de Madrid delegado de Evacuación.

He aquí uno de los problemas más complejos que plantea la guerra en la capital de la República. Para la evacuación de la población civil han de vencerse no sólo las dificultades de índole material que suponen en estas circunstancias el movilizar a cientos de miles de almas, sino que también hay que luchar con factores psicológicos, sentimentales, entre los que no es el menor la resistencia pasiva que en los madrileños nativos o de adopción engendra el amor a Madrid, la moral estoica hecha de serenidad y propicia al sacrificio de que la guerra ha dotado a nuestro pueblo.

Don Enrique Jiménez trabaja sin descanso en su despacho. Interrumpimos su labor para pedirle referencias de su tarea y proyectos, y nos contesta amablemente:

—En los pocos días—no pasan de diez—que llevo al frente de esta Delegación se ha conseguido intensificar el contingente de evacuación infantil. Más de 30.000 niños han salido de Madrid en este plazo, habiéndose mejorado las condiciones de transporte, para evitar a los pequeños los rigores de la temperatura.

Hemos organizado también la inmediata evacuación de las mujeres embarazadas que se encuentran en el último mes de embarazo. De acuerdo con la Casa de Maternidad y con el Colegio Oficial de Matronas, hemos montado en un pueblo, en la provincia de Cuenca, un establecimiento con trescientas camas y material médico y sanitario completo. Pensando evitar a las madres de más hijos la emoción de separarse de ellos en el trance del nuevo alumbramiento, hemos instalado en el mismo pueblo una Guardería Infantil, aneja a la Casa de Maternidad, para que las parturientes puedan tener cerca a sus otros pequeños.

—¿Se ha pensado en hacer obligatoria la evacuación de la población no combatiente?

—No. Hasta ahora, y con objeto de descongestionar Madrid, se ha dispuesto que en el plazo de ocho días salgan obligatoriamente de la capital sólo aquellos que hayan fijado aquí su residencia después del 19 de Julio.

—¿Y el problema de la evacuación interior?

—En ese aspecto se han conseguido en pocos días excelentes resultados. Auxiliada esta Delegación por tres brigadas formadas por los milicianos de Aguilas de la Libertad, de la que es comisario el ilustre escritor Augusto Vivero, y con la colaboración de agentes de Policía, hemos logrado limpiar de refugiados las estaciones del Metro, que sólo deben ser cobijo del público en los casos de bombardeos aéreos. Todas las noches se realizan batidas y se clasifican los recogidos en tres grupos: mujeres y niños son puestos a la disposición del Comité Nacional de Refugiados, que les proporciona alojamiento; los milicianos son enviados a sus cuarteles, y los maleantes e indocumentados se entregan a la Dirección General de Seguridad.

—¿Cuál es la mayor dificultad de la evacuación?

—La obtención de medios de transporte, autocars sobre todo, que son los más cómodos y prácticos. Para remediar la escasez de ellos, hemos logrado organizar cuatro trenes diarios. Aquí se dispone de un servicio de autocars valencianos, organizado por el consejero de Economía, señor Ripoll, que lleva a los evacuados. Los viajes son aún algo dificultosos, por el mal estado de las carreteras, y para obviar estas molestias estamos estudiando el organizar las expediciones.

—¿Quiénes colaboran con la Delegación más activamente?

—Todas las organizaciones sindicales y políticas, sin excepción, nos ayudan con gran entusiasmo, organizando por sí mismas expediciones en las condiciones más ventajosas posibles. Así se ha podido alcanzar la cifra de evacuación de diez a doce mil personas diarias. El volumen total de evacuados hasta la fecha puede calcularse en más de cuatrocientas mil almas. Tendemos a aumentar considerablemente el contingente diario, mejorando los medios de transporte con diversas aportaciones que esperamos, y entre las cuales es de justicia destacar el ofrecimiento de autocars que nos ha hecho la Cruz Roja Internacional.

Dejamos al delegado entregado de nuevo a su trabajo. Durante nuestro diálogo se ha formado en el despacho un grupo de empleados, que han de consultar al señor Jiménez, ponerle a la firma documentos... En la puerta de la Delegación, entre un gran trajín de vehículos, se ordena una larga cola de ciudadanos.

J. F.

LA DULCE TRADICIÓN DE LA NOCHEBUENA DE LOS NIÑOS

ENTRE LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN

Sobre los fríos panoramas de este Diciembre, el tradicional árbol de Navidad alza ya sus troncos desnudos, que ahora parecen brazos humanos abiertos en una figura patética. Para los españoles, el zumbido de las zambombas y el redoblar de los tambores y las panderas enmudecieron este año bajo el retumbar del cañón. Esta Nochebuena será—en contraste dramático con otras Nochebuenas hogareñas, en las que el pueblo, al calor de la familia en torno, se imponía voluntariamente treguas de paz social—una noche de guerra despiadada. El pensamiento, rehaciendo imágenes pasadas de una expresión sentimental ya, acaso, para siempre imposible, azuzará en cada voluntad combatiente ímpetus de rencor. Y de esas corrientes impetuosas es de las que, ya que no podamos salvar a los mayores, habrá que salvar a los pequeños en nombre de los principios humanitarios eternos, que si la guerra—que es una negación en todo caso—no tiene en cuenta, la revolución—que ha de ser una energía afirmativa—no puede desdeñar.

Y a salvarlos llega esa invocación a las madres españolas que la Federación de Sociedades de Amigos de la Escuela ha hecho publicar en los periódicos, y a la que ha respondido ya, conmovida, la emoción maternal de tantas dádivas de mujer.

Para que los niños madrileños puedan festejar la Nochebuena

La Federación de Sociedades de Amigos de la Escuela ocupa hoy un modesto piso segundo en una casa vieja y de difícil visualidad de la calle de la Palma, alejada de las vías de tránsito obligado de la población. Y hasta este piso, en tenaz indagatoria por las vecindades, llegan constantemente aportaciones femeninas a la generosa iniciativa de aquella organización en favor de los pequeños.

—Los niños, que este año han sufrido penalidades que otros años no conocieron, deben, por eso mismo, disfrutar este año de regalos que no disfrutaron otros años—dice el presidente de la Federación de Sociedades de Amigos de la Escuela, don Alfonso Gálvez.

Apenas si ha descansado aún de aquellas laboriosas gestiones para rescatar del territorio insumiso las colonias de niños veraneantes en el Norte y el Noroeste, y traerlas junto a sus familias a las tierras conservadas bajo la autoridad del Gobierno, cuando, hace pocos meses, con el auxilio de las instituciones internacionales de protección al niño, pero también con el gran aliento de su entusiasmo personal, recogió a los pequeños colonos, incommunicados con sus allegados, hasta reunir más de quinientos chiquillos en el puerto de Laredo, de donde podrían partir en el barco noruego *Ala*, al que abría aguas un buque de guerra francés, que los trasladaría a Burdeos, para buscar desde allí el camino que los restituiría a España.

—La mayoría de aquellos pequeños procedían de Madrid—recuerda—. Pero cuando intentábamos trasladarlos a este punto de su procedencia, ya no era Madrid lugar adecuado para ellos. Y en Figueras, Gerona y otras poblaciones de Cataluña, más apacibles, queda-



La Federación de Sociedades de Amigos de la Escuela fué la que se hizo cargo de estos niños de las colonias del Norte para traerlos al lado de sus familias, como hoy se entrega a la tarea de recaudar fondos para adquirirles golosinas de Navidad

ron instalados convenientemente. De Madrid se estaba evacuando ya la población civil, y de esta población civil, especialmente los niños. Pero todavía quedan junto a nosotros muchos chiquillos. Y ahora hay que pensar en hacerles a estos chiquillos más clementes y agradables las Pascuas.

Las tradiciones que quiere conservar el pensamiento revolucionario

Acaso el padre está combatiendo en un frente. O cayó en un frente combatiendo. Y esta Nochebuena no podrá poner gozosamente sobre su mesa la barra de guirache o el dulce bloque de turrón. ¡Como estamos en guerra...! Pero para el chiquillo no puede ser una razón esta brutal razón de la guerra.

—De todas partes llegan donativos para las golosinas de nuestros niños en esos días de Pascuas. Y no habrá que encarar a los pequeñuelos con aquella razón. La Federación de Sociedades de Amigos de la Escuela pondrá ante ellos, en la Nochebuena y la Nochevieja—las dos fiestas tradicionales para los chiquillos golosos—, los dulces que en las mismas fechas, otros años, les ofreció, por

la mano de sus padres la tradición—añade don Alfonso Gálvez.

Satisfecho. Acaso más que lo haya estado nunca en su ya larga labor revolucionaria, ahora, cuando está entregado a una tarea conservadora de la tradición.

—Y es que—explica—sólo las tradiciones gratas a los niños merecían ser conservadas por la revolución. Y aun algunas, como esta de unas horas llenas de golosinas para ellos, ya merecerían por sí mismas no una revolución para arrancarlas, sino una revolución para arraigarlas entre nosotros, si no tuvieran ya en lo mejor de nosotros hundida hasta lo más hondo su raíz.

Y cuenta, como ejemplo de lo que la revolución pone al servicio de esta tradición de la Nochebuena de los niños, el rasgo conmovedor de la columna Mangada, que ha enviado para adquirir golosinas para que se distribuyan en esa fecha entre los niños madrileños, un donativo de trescientas cuarenta y cinco pesetas. Trescientas cuarenta y cinco pesetas recaudadas en las primeras líneas de fuego por los que más tenazmente luchan en la guerra para hacerles a los pequeñuelos más dulces unas horas de paz.

JOSÉ DE LA RIVA

ESTAMPAS RAPIDAS DEL FRENTE

Vacaciones a seis grados bajo cero. — La carta del miliciano

OBRE las cumbres de la Sierra y los desfiladeros del Alto Aragón han caído las primeras nieves. El termómetro ha marcado los seis grados bajo cero. Pero esto no importa para que nuestros luchadores dejen de mantenerse firmes en sus puestos. Las avanzadillas han permanecido reglamentariamente su tiempo en inquebrantable posición y vigilancia. Pocos han sido los cartuchos que se han gastado en la última semana. Apenas se ha intervenido.

Esta calma ha dado motivo para que nuestros muchachos distraigan un poco su disciplina, dedicándose al descanso. Unos han formado coros de *cantaos* de flamenco, aires regionales y tangos; otros han optado por la Prensa y la biblioteca ambulante; muchos han preferido aprovechar este lapsus para acicalarse el físico, poblado de barba casi valleinclanesca.

También estos heroicos defensores del pueblo han contribuido con una bien condimentada paella valenciana. Los más «curiosos» han enjabonado sus ropas interiores en los abundantes riachuelos que por allí discurren. En el transcurso de este *cock-tail* de pacificación bélica no falta nunca la graciosa anécdota o el simpático gesto de algún personaje.

La carta del miliciano

Un grupo de milicianos artilleros rompe en grandes carcajadas; nuestra curiosidad por conocer el motivo de la estridencia es tan espontánea como la que ellos han manifestado con su alegre risa.

Una vez en el grupo, contemplamos la cara sorprendida de un muchacho que, a su vez, sostiene un papel de carta entre las manos. Preguntamos el origen de la astracana, y prestos nos invitan, apropiándose del papel que entre sus manos tenía el joven muchacho, a leer

la carta que el miliciano Membrilla escribía a su novia de Alborea, pueblecito de la provincia de Albacete.

La carta decía así:

«Mi queridísima Catalina: Antes que continuar la carta, recibo de tu amorcito que pelea aquí, cerca de Teruel, un besito muy fuerte. No sabes cuánto he llorado la noche pasada pensando en ti, si a mí me mataban; pero no era porque tenía miedo a morir, sino porque te ibas a quedar sola, y con tantos deseos como tenías tú de casarte, y yo, también. Ya te dije cuando salí del pueblo que debíamos casarnos antes y estar dos días juntos, y luego marcharme yo a defender la revolución en el sector de Teruel. Pero como tu padre, que es muy bruto, y me tiene un poco de tirria porque yo pertenezco a la F. A. I., y él es de Unión Republicana, se hubiera opuesto a nuestro casamiento, por eso no lo hicimos.

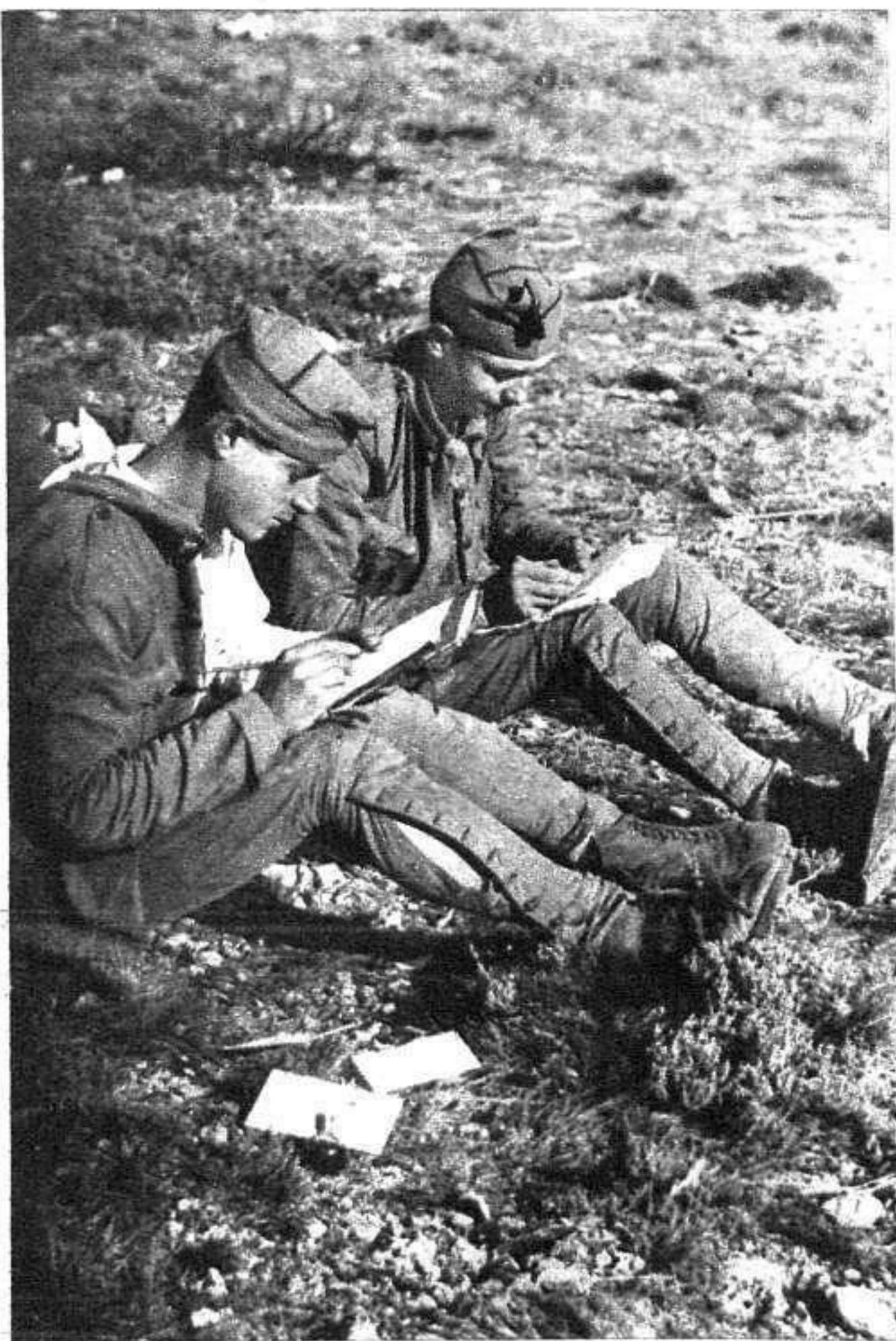
Ahora, que si tú me haces caso a mí aquella noche que íbamos paseando por la carretera, nos hubiéramos ido al pajar del *tío Cuco*, y no hubiéramos vuelto hasta dos días después; y como ahora hay libertad de acción y se ve bien visto por toda la gente, tu padre no hubiera tenido más remedio que conformarse y darnos su calor y su consentimiento, aunque al principio, enfurecido, nos hubiera *arreado* un leñazo; pero, al fin y al cabo, nosotros nos hubiéramos salido con la nuestra.

En fin, en fin, Catalina, tú no te preocupes y pásalo tranquila el tiempo que yo esté ausentado; pero que en cuanto vaya al pueblo, si antes una bala no me ha *echo* un agujero en el corazoncito, nos iremos a la masía del *tío Cuco* por encima de todo; si tu padre nos sale con rositas, como yo ya iré *mu* fuerte y bien *enterao* de los derechos que nos corresponden a los que se quieren como nosotros, le pararé los pies, y no tendrá más remedio que reconocernos como hijo político.

No te escribo más por hoy porque no tengo más tiem-



Alegría, gramófono, acordeón... Una estampa risueña del frente, mientras llega el momento de marchar otra vez a las avanzadas



La carta a la novia que quedó allá, en el pueblo...

po y me voy a descansar, que llevo tres noches sin dormir. Darle recuerdos a tu padre; pero que no te coja la carta, y tú recibes el inmenso amor que te profesa tu

Tonete.»

Después de leer la graciosa y simpática misiva del miliciano, nos retiramos hacia el Cuartel General, con el fin de llegar antes de que la noche cayera sobre nosotros.

Nos despedimos de los muchachos de la columna, que ya empezaban a cambiar sus instrumentos musicales y sus distracciones por los fusiles, mientras el termómetro continuaba marcando seis grados bajo cero.

VÍCTOR MARTÍNEZ

Frente de Teruel, Diciembre de 1936.



La «toilette» de campaña, cuando cesa el cañón y el sol cabrillea sobre los regatos en que los combatientes lavan sus ropas

(Fots. Dondia Valls)

Cómo combate la población civil

¿QUÉ HACE USTED PARA LA GUERRA?

Alguna vez, cuando en las calles madrileñas un combatiente armado que viene de o va a los frentes se cruza con un ciudadano vestido sin atuendo marcial, le golpea con una mirada, que es un duro mudo reproche. "¡Míchalo. Y mientras tanto, ¿tú qué haces?" En algún caso está en su punto aquella mirada. Pero en tantos otros no lo está... Porque bajo su indumentaria civil, el ciudadano merece, tal vez, presta un servicio de guerra que el combatiente armado no sospecha que, sin embargo, es para la guerra tan eficaz como el servicio de las armas. Mejore la mirada que reprocha sin enterarse, corresponde así, francamente, la interrogación. Y con esa interrogación sale hoy al paso del transeúntil el periodista

1
Rosalia Rodríguez.
Podría ser una señorita que hubiera salido a pasear y que sólo a empujones del frío diera a su paseo el ritmo apresurado del que va a alguna parte cuando no sabe adónde va. Pero esta mujercita sí que lo sabe.
—Sin faltar ni un solo día a la oficina del oficial mayor del Ayuntamiento, donde presto servicios de taquimecanografía. Trabajo también en el despacho de la Jefatura de Policía Urbana y en el negociado municipal de Abastecimientos—dice.
En el esfuerzo a que el personal del Ayuntamiento está sometido con relación a las necesidades de la guerra, la voluntad de esta mujercita no ha sufrido un instante de daciimiento o de indecisión.
—Los funcionarios municipales acudimos cada mañana a la oficina, y trabajamos sobre nuestra jornada normal muchas horas extraordinarias, con el entusiasmo de quienes saben todo lo que exige la guerra. Y convencidos de que por mucho que a la guerra le demos no somos nosotros los que a la guerra le damos más.

2
Junto a este hombre joven, de aspecto sobradamente apto para el servicio de las armas, y que con un saco arrollado debajo del brazo parece aguardar, al filo de la acera, el paso de un tranvía que le conduzca descansadamente a su hogar, se detiene con su primera pregunta el periodista:
—¿Qué hace usted para la guerra?
Es el tipo perfecto para despertar la indignación irreflexiva del miliciano. Pero la respuesta satisface cumplidamente cualquier exigencia que el sentimiento bélico del miliciano pudiera formular.
—Pertenezco al Sindicato Provincial de Trabajadores del Comercio, en el que sirvo como instructor de las nuevas compañías de nuestro batallón que han de salir a los frentes—explica.
Se llama Juan Martínez. Menos se llamaba *el Empechinado*. Pero si en este Juan Martínez no se rehace la figura heroica del guerrillero, ¡quién sabe cuántos guerrilleros del temple heroico de *el Empechinado* adiestrados por Juan Martínez habrán aprendido a luchar!

3
Lola. Quizá una manicura que va presurosa a su ocupación.
—¿Qué hace usted para la guerra?
—Cuando me corresponde, como miembro del Comité de Mujeres Antifascistas de la barriada Sur, voy a las avanzadillas a llevar a los combatientes café caliente, ropa, libros, tabaco y periódicos. Ahora recaudo, como mis compañeras, fondos para la Nochebuena del miliciano. Hay que llevar hasta las primeras líneas de fuego, en esa fecha de tradiciones populares, el aliento de solidaridad de la retaguardia con los que en los frentes están defendiendo a costa de su sangre las libertades de todos.
Y sigue su camino apresuradamente. Como una trabajadora cualquiera que fuese a una pacífica obligación. Quizá una manicura o una costurera.

4
Una rubia y una morena. La morena, española, La rubia, extranjera. Suiza, según su declaración. No dicen sus nombres. Pero las dos—la española y la suiza, identificadas también con la voluntad de España—han trabajado para la guerra.
—Hemos confeccionado jerseys para las Milicias. Y aun seguirlamos confeccionándolos si tuviésemos lana—dicen.

5
Julián Carpeño ocupa su día en trabajar detrás del mostrador de una tienda de comestibles.
—Estoy afiliado—dice—a la C. N. T., y desempeño el cargo de responsable en el despacho de Abastos del distrito de Chamberí, donde se aprovisionan diariamente seiscientas familias.
Julián Carpeño cree que desde su puesto sirve a los intereses de la guerra.
—Uno de los problemas de la guerra es el del abastecimiento organizado de la población civil. Y a resolver ese problema atienden los Comités de Abastos con la mejor voluntad. Mi gestión está inspirada tercamente en el deseo de obedecer a esa voluntad todo lo más eficazmente posible—añade.
Frente a la tienda aguardan, ya en fila impaciente, las mujeres. Julián Carpeño corta el diálogo. Y va a la tienda, como un soldado a la barricada, a combatir. Que también las guerras se pierden por hambre, y con organizaciones que tengan hombres como Julián Carpeño no se perderá por el hambre esta guerra.

6
En el portal de la calle de Velázquez, número 71, Natividad Pérez escucha la pregunta del periodista.
—Después de mi trabajo en una oficina, procuro dedicar algunas horas al servicio de la guerra. Mi novio está en el frente, ¿sabe usted? Y lo que hago para la guerra me parece que lo hago para mi novio.
Natividad Pérez hace chalecos de punto, calcetines de lana, sacos para las municiones...
—Y cuando tengo algo terminado—añade—, lo llevo al Comité.
Que para Natividad Pérez debe de ser como si se lo llevase al novio.

7
Por su aspecto, don Julián Martínez García podría ser un padre de familia de clase media, bien instalado en un ambiente de paz inalterable, al que la guerra no hubiera arrancado de su comodidad.
—Pertenezco—dice—al Partido Socialista, en el que todos actuamos como movilizad. Pero, además, trabajo por la causa antifascista como presidente del Comité de las casas números 44 y 46 de la calle de Castelló, donde he cuidado de ir acomodando evacuados de las zonas de guerra, y llegué ya a dar alojamiento a más de doscientas personas que carecían de albergue.

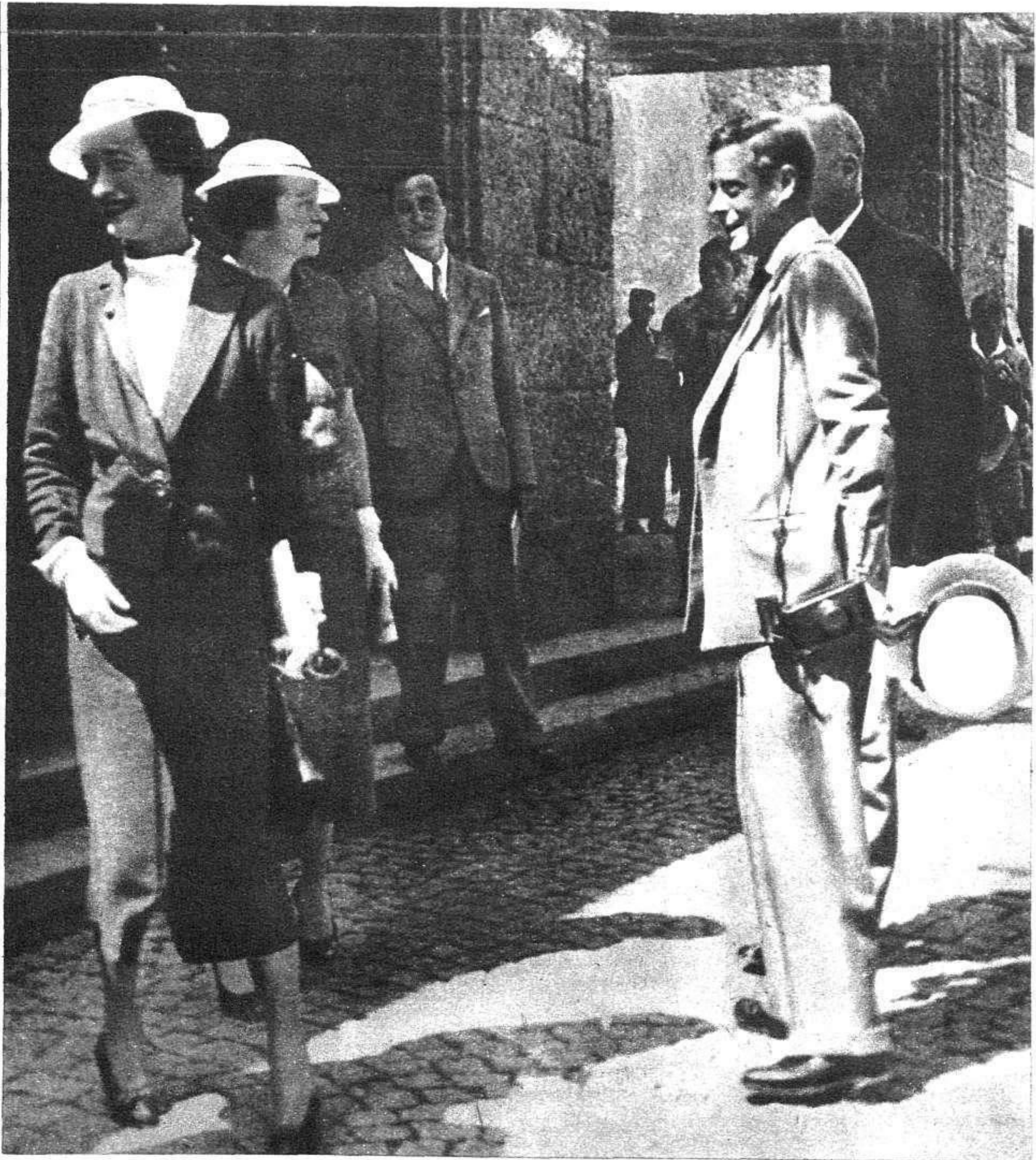
8
Marcos Martín dice que es vaquero. Vaquero desde hace más de treinta años. Ahora, con cerca de los cincuenta sobre sus espaldas de trabajador, ¡qué puede hacer para la guerra!
—No puedo hacer nada—dice—. No sirvo para nada a la guerra.
El es vaquero. Ya no puede ser más que vaquero.
—Y aquí, en la vaquería, sigo al cuidado de mis vacas. ¡Lástima que ahora, por la escasez de pastos, ni siquiera junto a las vacas pueda ser útil! Porque apenas si logro obtener de ellas la leche que cedo diariamente al Ayuntamiento de Madrid!
Marcos Martín cree que no hace nada para la guerra. Y ahí sigue, con sus cincuenta años, cuidando de sus vacas y ofreciendo la leche al Ayuntamiento de Madrid. Pero es que el Ayuntamiento de Madrid, hoy, es el Ayuntamiento de la guerra. Y Marcos Martín, al servir al Ayuntamiento, sirve, sin saberlo, a la guerra, también.



La mujer que hizo renunciar a Eduardo VIII al trono de Inglaterra

A la izquierda: La risa feliz de la señora Simpson y del rey de Inglaterra durante una excursión que hicieron este año a Salzburgo

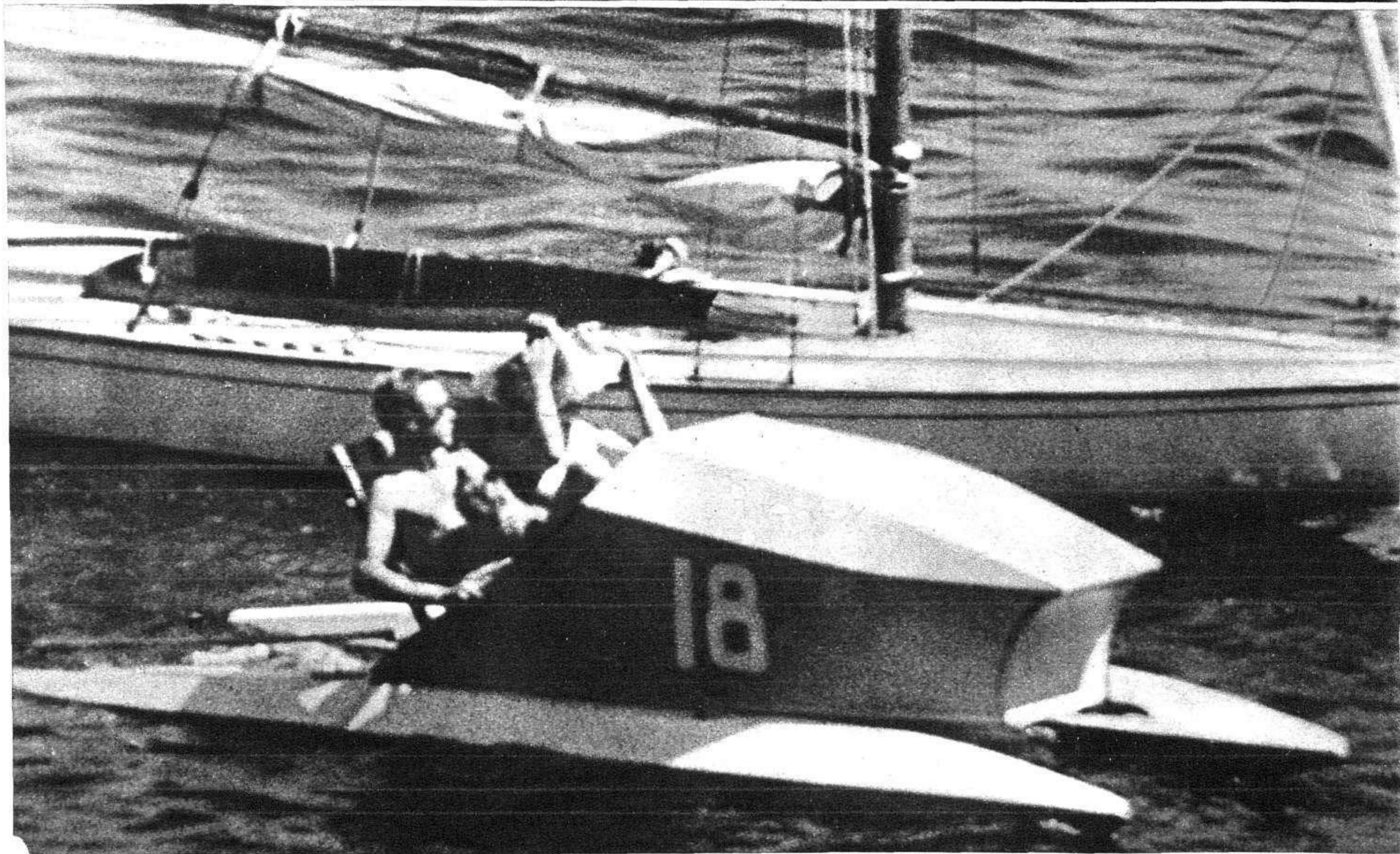
Abajo: El rey y la señora Simpson, a bordo de una canoa automovil, en la costa de Dalmacia





El idilio de un rey

He aquí dos documentos gráficos de los días vividos en la Costa Azul por la señora Wallis Simpson y el que hasta hace unos días fué rey de Inglaterra. La bella dama americana, que fué conocida en 1926 por el entonces príncipe de Gales, ha hecho renunciar al trono al monarca más poderoso de la Tierra. Esta vez, la vieja «razón de Estado» ha tenido que batirse en retirada...





SUGESTIONES DE LA GUERRA

Propaganda para los hombres; juguetes para los niños

El Ministerio de Propaganda y Prensa ha tenido la iniciativa de constituir equipos, formados cada uno por un fotógrafo, un dibujante y un escritor o periodista, para que visiten los diversos frentes de combate y obtengan de la guerra esa visión documental, viva, que, avalada por la interpretación artística, tiene un valor de permanencia y una emoción de verdad superior al de la Historia más erudita y concienzuda.

Se da con esta iniciativa una estimación a la individualidad intelectual que, tradicionalmente, había sido desdeñada en las esferas oficiales; se reconocen al artista y al escritor, al fotógrafo y al dibujante, su auténtica categoría espiritual decisiva en la formación moral de los pueblos.

La guerra ha traído el reconocimiento de esta justicia que durante tanto tiempo se ha olvidado hacer en España al hombre de letras, al profesional del periodismo, de la fotografía y del dibujo; es decir, a los que son, en definitiva, los verdaderos intérpretes, historiadores y, en cierto modo, creadores de las fuerzas espirituales que integran el ambiente de una época, la auténtica opinión de un pueblo.

La verdadera Historia de nuestro tiempo, lo mismo en sus sucesos formidables que en sus motivos íntimos, no habrán de buscarla los investigadores futuros en los mamotretos de los historiadores oficiales, aduladores constantes de todos los Segismundos; ni siquiera en los tomos de los debates parlamentarios, ni mucho menos en los documentos sibilinos de las Cancillerías.

No. La opinión y la vida y las luchas de nuestra época nacen y palpitan y se desarrollan en la calle, al aire libre del demos, y son por ello los escritores y periodistas, los artistas independientes, los reporteros dinámicos, es decir, los hombres de la calle, los únicos capacitados auténticamente para hacer esa Historia, reflejar fielmente los sucesos e interpretar con verdad sus orígenes y sus consecuencias.

La Historia actual no habrá que buscarla mañana en las crónicas solemnes de los escoliastas oficiales ni en los lienzos de los Museos. Estará en las colecciones de los periódicos, en los clisés obtenidos en el vértigo de la diaria información, en los trazos nerviosos de las caricaturas, en las alegrías de los cartelistas, hasta en los afiches y gacetillas de los agentes de publicidad.

La iniciativa del Ministerio de Propaganda y Prensa reivindica esa categoría excepcional y propia a los compañeros del objetivo, del lápiz y de la pluma, auténticos historiadores de esta hora de España, en cuyos sucesos todos asumimos un papel de protagonistas. El escritor, el dibujante y el fotógrafo son, a su modo, militantes; el cumplimiento del deber profesional adquiere a veces matices de heroísmo y tiene ya un censo pródigo en víctimas.

Esfuerzos y sacrificios fecundos. Porque suele ocurrir que las mejores batallas en el curso de la Historia no son aquellas que se ganaron con ejércitos y cañones, sino con el pensamiento y con la pluma.

Juguetes para los niños en las Navidades próximas. Magnífica idea, que hay que estimular. Ahora más que nunca. Que, pese a la guerra, no se interrumpa esta tradición cordial. Lo único que, en definitiva, puede redimir a los hombres de sus rencoros y sus odios es que no olviden sembrar alegría en los niños.

Ahora más que nunca, sí, cuando el cañón trueno y la sangre corre, y hay niños que caen inmolados por la metralla, llevemos a los niños ese regalo entrañable, luminoso, que es un juguete.

Sí. Pero ¿qué juguete? Si tuviéramos autoridad para ello, impondríamos por condición ineludible, por severa ley, la prohibición absoluta de regalar a los niños ningún juguete que tuviera ni el más lejano parecido con los instrumentos que sirven a los hombres para hacer la

No se debe regalar a los niños—ahora más que nunca, cuando se vive la guerra—ningún juguete que recuerde los instrumentos de que el hombre se sirve para sembrar la muerte...

guerra. Ni cañoncitos en miniatura, ni atuendos militares, ni pistolitas, ni fusiles, ni aeroplanos, ni tambores...

Ahora más que nunca, cuando se vive la guerra, cuando se sufre trágicamente la guerra, hay que apartar a los niños, siquiera sea en esa hora inefable del regalo navideño, de cuanto la guerra significa.

Hacemos la guerra, la sentimos en nuestra carne y en nuestra alma. Pero procuremos, en lo posible, apartar a nuestros hijos de sus horrores. Ahora más que nunca enseñémosles a odiar la guerra, a maldecirla, a olvidar que ella pueda ser medio de que los hombres diriman sus discordias.

Ni un cañoncito, ni una escopeta, ni ningún remedo de los instrumentos de destrucción y de muerte en manos de nuestros niños. Que nuestros hijos no sientan, en este sentido, la tentación de imitarnos. Harto tendremos que hacer mañana para que nuestros hijos nos perdonen, por el bien que para ellos hayamos logrado en el futuro, el horror del presente.

JUAN FERRAGUI

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo "Tesoro del Estómago".

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

Conservas **TREVIJANO**

PANTALLA DEL MUNDO

El Teatro de los 49

El Teatro de los 49 es un teatro que existe en Viena y que se llama así. Su pintoresco nombre corresponde perfectamente a la realidad. La sala contiene de modo exacto 49 asientos, ni uno más ni uno menos.

No es que la sala sea tan pequeña que la Empresa se haya visto obligada a limitar los asientos de los espectadores a aquel número tan ínfimo. La razón es otra: los impuestos teatrales en Viena sólo rigen para los establecimientos que contienen, por lo menos, cincuenta localidades. Esta ausencia de impuestos permite al equipo artístico del Teatro de los 49 representar espectáculos de auténtico interés sin necesidad de acudir a precios exorbitantes para las localidades.

El padre del Ejército inglés

Hay todavía en Inglaterra un hombre que sirvió en la India antes de la inauguración del Canal de Suez. Es el general sir Binden Blood, el padre del Ejército británico, que acaba de celebrar el 94 aniversario de su nacimiento. Entró en el Ejército hace setenta y seis años, en la época en que se compraban todavía los cargos de oficial. Fué enviado a la India, y para llegar hasta allí hubo de dar la vuelta al Cabo de Buena Esperanza, por no estar abierto aún el Canal de Suez. El general Blood fué amigo del general Gordon—Gordon Pachá, muerto en la toma de Karthoum, en 1885—. Bajo sus órdenes hizo sus primeras armas Winston Churchill.

Cien millones de metros de película

Hollywood rindió hace poco un homenaje al técnico de la Paramount encargado de la proyección de ensayo de los films, cuando todavía éstos no han logrado su forma definitiva y no se han hecho en ellos aún los cortes que se harán más tarde.

Este empleado ha visto desfilar ante él exactamente cien millones de metros de película, cifra con la que se podría dar dos veces y media la vuelta a la Tierra por la línea ecuatorial.

Al final de la fiesta, este hombre hubo de hablar, para agradecer la adhesión que hacia él significaba aquel acto.

—Mi oficio—acabó diciendo—es el más bello que puede imaginarse, y no lo abandonaría por nada de este mundo.

La millonaria

Cuando James Buck Duke murió, hace once años, dejó a su hija Doris, nacida en 1912, una fortuna de más de ochenta millones de dólares, sin contar numerosas propiedades en América y Europa. El millonario había ganado toda esta fortuna merced a una sola idea feliz: él fué el primero que lanzó las estampas que se coleccionan comprando cigarrillos, chocolates, etc.

Doris Duke vivió, después, una vida llena de zozobra y de miedo. Los policías habían de seguir sus pasos constantemente para librarla de las asechanzas de los delincuentes. Desde que cumplió diez y seis años tuvo una nutrida corte de admiradores, de los que ella creía—no sin razón—que lo que admiraban era la fortuna de la millonaria.

Se enamoró la muchacha, por fin, y se casó con James Cronwell. Este no podía ser sospechoso de codiciar la fortuna de Doris. Era hijo de un socio de Morgan, y su dinero no era menos que el de la muchacha.

Los nuevos esposos han decidido vivir en Hawái, el país de los enamorados con dinero.

—Hawái es maravilloso—han dicho—. Y, además, los impuestos son menores que en los Estados Unidos.

Los derechos de la esposa y del perro

Norteamérica es el país de los procesos más pintorescos y divertidos. Ahora acaba de celebrarse uno en Cleveland, que atrajo a su vista un público curioso y numeroso.

La esposa del director de un hotel de noche se quejaba de no ver nunca a su marido desde las diez de la noche a las seis de la madrugada. El perro de la mujer acabó por considerar al esposo como un extraño, y le mordió cruelmente cuando una noche regresó a su casa más pronto que de costumbre. La mujer pidió entonces la intervención del juez, y éste ordenó al marido que diese satisfacción a la mujer y al perro pasando en la casa, por lo menos, una noche cada semana.



El mundo se dispone a celebrar las tradicionales fiestas de fin de año. En Londres se celebra ahora una Exposición de muñecas y telas húngaras, que han sido especialmente traídas de este país, y que se destinan para regalos de Pascuas



«El rey no debe abdicar»... «Nosotros queremos a Eduardo VIII, no a Baldwin»..., decían los carteles que se han visto estos días en Londres, con motivo de la abdicación del monarca



Tanques de guerra sobre la nieve... El fantasma bélico no se va del mundo. He aquí una revista militar que se ha celebrado ahora en Viena, bajo la inclemencia de una dura jornada de Diciembre



Franker había puesto al servicio de su cañón-cohete todos sus conocimientos...

En las profundidades de una selva situada cerca de Rastembourg, en la Prusia Oriental, un nutrido grupo de personas se había reunido alrededor de una curiosa máquina, parecida a un cañón, colocada en una depresión del terreno.

Era una noche de Luna llena. De pronto, un hombre se separó del grupo y empezó a hablar a los que allí estaban reunidos.

—Amigos míos—empezó a hablar aquel hombre, llamado Henry Franker—, vais a asistir a la última fase de una gran experiencia, a la que he consagrado doce años de mi vida. Si ella obtiene buen éxito, el cohete que he colocado en el cañón deberá llegar hasta la Luna. Si no, volverá a la Tierra y causará daños de importancia. Pero yo, desde luego, no creo en el fracaso.

Después, Franker se acercó a una caja cuadrada que estaba unida al cañón por varios cables. Franker acercó su mano a un botón eléctrico y lo oprimió. Se produjo una luz azul, acompañada de cierto extraño sonido que parecía llegar de las entrañas de la Tierra.

Tras ello se oyó el eco de una detonación muy lejana. —¡He triunfado!—gritó Franker.

En menos de una semana registró las patentes de invención de aquella máquina. Pero los sabios alemanes se mostraban escépticos. Se había conocido ya a muchos maníacos del cohete, y se les había considerado siempre como charlatanes de la ciencia. En aquel año de 1896 se había convenido, en los medios científicos, en la imposibilidad de dotar a un solo cohete de la fuerza motriz necesaria para hacerle vencer la fuerza de atracción de la tierra. Esto decían los sabios. No quisieron, sin embargo, desalentar a Franker.

Este había adquirido un gran renombre por sus trabajos sobre materias explosivas de alta potencia, trabajos que le habían llevado al descubrimiento de un explosivo de extraordinaria fuerza.

Después, él consagró su esfuerzo investigador a los fenómenos eléctricos. En esta materia llegó a conquistar también una gran autoridad.

Franker había puesto al servicio de su cañón-cohete todos sus conocimientos en electricidad y explosivos. Sabía que los otros inventores de aparatos análogos habían fracasado porque concentraron en el cohete toda la potencia motriz. En su cañón, en cambio, el empuje inicial provenía del cañón, mientras que el cohete se proyectaba hacia adelante, por una serie continuada de explosiones, que se producían en espacios de tiempo previamente estudiados.

Convencido del éxito de su primera experiencia, Franker empezó a trabajar en la construcción de un cañón y un cohete capaces de transportar dos hombres. Tenía la intención—decía—de viajar hasta la Luna y de hacerse acompañar por un joven sabio prusiano llamado Otto Shelt.

COMO EN UNA NOVELA DE JULIO VERNE

El hombre que quiso llegar a la Luna

Los cuarenta años de una audaz experiencia

A los que le preguntaban lo que iba a hacer, una vez llegado a la Luna, respondía Franker diciendo, muy confiadamente, que se proponía volver a la Tierra. La fuerza de atracción de la Luna, explicaba, era relativamente pequeña, y no habría necesidad de un cañón protector. El cohete se lanzaría por su propia fuerza e iría hacia adelante empujado por la impulsión de sus explosiones.

Franker preparó, igualmente, un enorme paracaídas, que estaba destinado a aminorar el impulso del cohete cuando éste llegase a tierra. Lo único de lo que él no podría responder era de la caída del cohete en el Océano.

Un día de los comienzos de 1897 todo se encontraba dispuesto para intentar la gran experiencia. El cañón, mucho más grande esta vez, fué situado convenientemente, con el cohete metido en la boca de la pieza.

Poco antes de la media noche, Franker, Shelt y algunos amigos se dirigieron hacia un espacio libre y claro en que se había colocado el cañón, llevando con ellos unos cuantos tubos de oxígeno.

Estos tubos fueron puestos en el cuerpo del cohete. Los hombres se estrecharon la mano. Franker refa, sin mostrar la más leve señal de nervosismo. Shelt, al contrario, estaba pálido y silencioso. Pocos momentos antes había firmado una declaración diciendo que acompañaba voluntariamente a Franker, y con su propia responsabilidad.

Llegó el momento de la partida. Los dos hombres se metieron en la boca del cañón y franquearon la puerta de hierro del cohete. Un último adiós, y la puerta se cerró. Los asistentes se alejaron un poco del cañón. Una pausa de un minuto. Un dedo oprimió un botón. Hubo un ruido atronador, y una claridad de fuego desgarró la noche. Después, de nuevo, como la otra vez, un pequeño ruido distante, como producido por una lejana detonación.

Y ya no se supo más de Henry Franker y de Otto Shelt. Ninguna huella suya se encontró. Ningún trozo de metal pudo ser identificado como perteneciente a aquel «cohete de la Luna».

¿Qué pasó de los dos hombres? ¿Llegaron a la Luna? Si llegaron, ¿no pudieron volver a la Tierra? ¿Cayeron en las profundidades del Atlántico o del Pacífico, o el cohete estalló en trozos en cualquier parte del espacio?

A todas estas preguntas no se puede dar la menor respuesta.

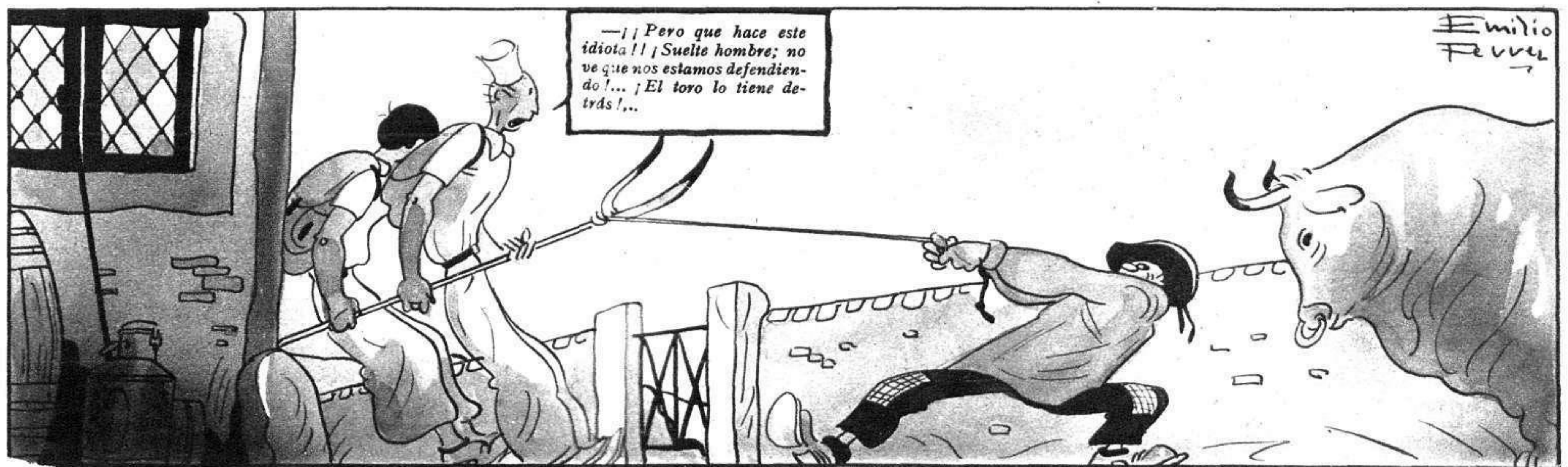
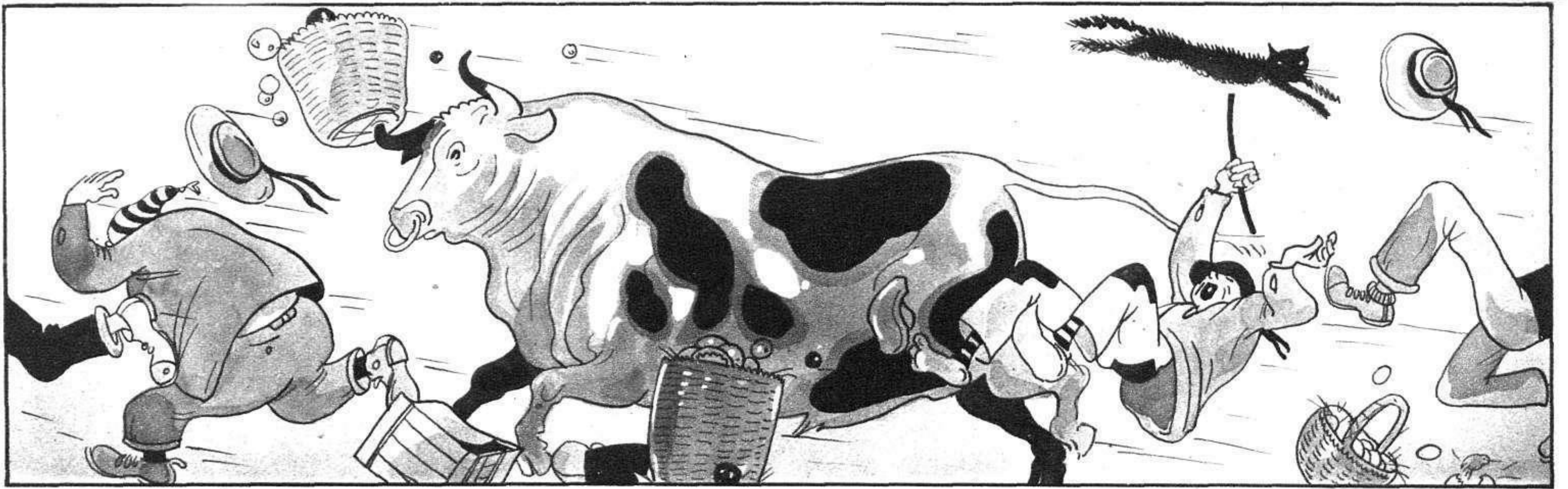
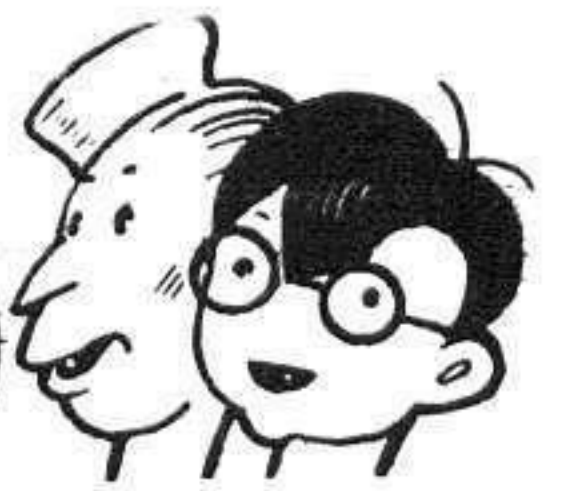
En los papeles que había dejado Franker se encontraron notas autógrafas, en las que él no ocultaba su melancólica certidumbre de no volver a ver la Tierra. Pero expresaba, al mismo tiempo, la esperanza de que su ejemplo guiara e incitaría a otros a seguir las experiencias suyas en el punto en que él las había dejado.

Desde entonces se oye de vez en cuando hablar de sabios que quieren llegar hasta la Luna. Pero esta ambición ha acabado por llegar a ser una especie de leyenda. ¿Se encontrará un segundo Franker que llegue a convertir algún día esa leyenda en realidad?



Un último adiós, y la puerta se cerró. Los asistentes se alejaron un poco del cañón...

LA VUELTA A MI MIND de COLAS Y BARULLLO



Los dinamiteros

Así lanzan sus bombas de dinamita estos combatientes, que tan ágil y certeramente manejan la honda

(Fot. Albero y Segovia)